

Pastoral, investigación histórica, archivística

Josep Maria Rovira*

Entrevista a CASIMIR MARTÍ

Mi amistad con Casimir Martí Martí se remonta al año 1955, cuando ambos coincidimos en Roma, él como residente del Colegio Español, entonces en la via Apolinare, 8, y yo en el Convitto Leoniano, via Pompeo Magno, 20, donde teníamos de ecónomo a Annibale Bugnini, el que luego fue un factótum de la reforma litúrgica conciliar. A menudo iba yo al Colegio Español o venía Casimir al Convitto situado detrás de la Plaza Cavour, y hablábamos de sus estudios de Ciencias Sociales, de los cuales el Padre Gundlach era la estrella indiscutible; hablábamos de mi tesis relacionada con el famoso problema de "lo natural y lo sobrenatural", tal como lo planteaba un Henri de Lubac o un Juan B. Alfaro, que es quien me la dirigía. Y, alrededor de estos dos polos, hablábamos de lo divino y de lo humano, con el entusiasmo de quienes éramos todavía estudiantes, aunque ya recién ordenados de cura. Por cierto, Casimir fue ordenado en 1952, en el Congreso Eucarístico de Barcelona, de manera que esta presumiblemente larga entrevista no deja de ser un merecido homenaje a sus cincuenta años de "mossèn".

* Profesor emérito. Facultat de Teologia de Catalunya.

Ya hablaremos de historia, de teología y de archivística, pero de momento me gustaría saber algo de tus primeros años de vida en familia.

Te contestaré lo mismo que le dije a Albert Manent que hace pocos años me hizo la misma pregunta: Mi respuesta son tres recuerdos o sensaciones de mi infancia y adolescencia: el primero, los colores y el aroma de la verdura fresca, recién cortada. Esto señala a mis padres, hortelanos que emigraron desde el Tarragonés a Vilanova y la Geltrú en 1925. Luego una imagen peculiar que corresponde a la época de la segunda República: las botellas de tinta Waterman abandonadas y el material escolar esparcido por las aulas que frecuentaba mi hermano mayor, cuando los escolapios fueron expulsados de su colegio. Finalmente, ya después de la guerra civil, recuerdo la figura de un cura alto, corpulento, enérgico y autoritario, Mn. Lluís Vendrell, director de la Congregación Mariana de Vilanova.

Te he oído hablar con frecuencia de este sacerdote que, por lo que sé de otros congregantes, parece representar toda una época.

Nos inculcaba las “devociones”, más que el eje de la vida cristiana centrado en la eucaristía. Su personalidad de educador tenía un punto de desmesura e, incluso, de desequilibrio. Su ascendiente se ejercía sobre todo en la dirección espiritual, que combinaba con una dirección muy personal de la Congregación. Jóvenes excelentes podían ser expulsados si Mn. Lluís creía que no cumplían debidamente. Sea como sea, influyó en mi decisión de entrar en el Seminario a los catorce años.

Aquí, también como historiador, puedes ofrecer el ambiente del seminario de aquella época.

Los cursos del Seminario Menor seguían programas diferentes del bachillerato propio de la enseñanza civil. Los estudios estaban centrados en la lengua latina acompañada, con menor rango académico, de la lengua griega, matemáticas, literatura, historia, etc. y también de urbanidad y apologética. En la espiritualidad volvíamos a encontrar las devociones: mes de mayo, primeros viernes, sabatinas, junto con puntos que abarcaban desde el terror ante la muerte hasta el ejemplo de las virtudes heroicas de los grandes santos y de los misioneros. Vivíamos muy aislados, cuando hubiera sido lo más natural

que se nos hubiera hecho notar, por ejemplo, que el hambre y el frío que padecíamos los jóvenes seminaristas nos hacía solidarios con las clases sociales más desfavorecidas que en aquella época lo pasaban muy mal. El aislamiento no sólo se refería a la ausencia de noticias respecto de la vida española sino incluso por referencia a la guerra mundial del 1939 al 45.

Viene luego el Seminario Mayor.

Donde siguió la falta de información o desinformación de lo que pasaba a nuestro alrededor y en el mundo. Por lo que se refiere a los estudios, privaba la filosofía neoescolástica de manual y las ciencias naturales, con la recogida de fósiles en diversas zonas del país que iban a parar al museo del seminario, dirigido por el Dr. Josep Ramón Bataller y Calatayud, que profesó la asignatura de Ciencias Naturales en el Seminario (desde 1926 hasta mucho después de la guerra civil) y ocupó desde 1949 la cátedra de Paleontología de la Universidad de Barcelona.

Durante esta época hice un descubrimiento que me ha acompañado en mi vida personal y como historiador. Caí en la cuenta, casi sorprendido, del valor de la inducción, que respetaba los hechos empíricos, como contrapuesta a la exclusividad de los razonamientos deductivos que partían de premisas abstractas o de principios de autoridad. Incluso la lengua latina se daba como algo ya hecho, no como un estudio filológico sino como el aprendizaje de algo predeterminado en Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía.

Todavía más cosas del seminario: durante las comidas nos leían la Historia de la Cruzada. Sin embargo, un factor de enlace con la cultura de nuestro tiempo nos lo proporcionó otro profesor, experto en lenguas clásicas, el Dr. Antoni Griera, porque daba noticias sobre lengua y literatura y se refería a problemas que estaban sobre la mesa y se debatían entre los investigadores. Así tuve noticia de la obra de Pedro Laín Entralgo sobre la generación del 98 y la adquirí. Otra fuente de enlace con el exterior era el contacto con el mundo cultural que procedía de algunos seminaristas bachilleres.

Antes de ir a Roma a estudiar, fuiste a Salamanca.

Fui a Salamanca a estudiar teología. Con un régimen interno –seminarístico– parecido al de Barcelona, pero con un nivel humano e incluso cultural superior y más abierto que el de Bar-

celona, debido al hecho de frecuentar la "Pontificia" alumnos que procedíamos de todo el ámbito peninsular.

Lo más importante, desde el punto de vista cultural, es que entramos en contacto con la literatura teológica francesa del momento, que no era otra sino la "nouvelle théologie", de los PP. Daniélou, De Lubac, Congar, Chenu, Bouillard... La "nouvelle théologie" ponía el acento en la historicidad del pensamiento teológico y de la misma Iglesia, lo cual era coherente con su ideal de retorno a la Biblia y a los Padres, en vez de partir de unos indiscutibles principios presuntamente tomistas, de los que se derivaban conclusiones (la llamada "teología de conclusiones").

Los hechos más nimios tomaban una significación de aperturismo. Por ejemplo, mi lectura (clandestina, por supuesto) de la novela *Nada* de Carmen Laforet o la conferencia de C.J. Cela en la que se refirió a la época de Primo de Rivera, llamándola con aire sibilino "la primera dictadura"...

Era el momento en que las revistas del régimen esbozaban tímidamente una primera crítica, que muchas veces no pasaba de lo formal, como cuando en *El Alférez* o *La Hora*, no recuerdo cuál de las dos, un artículo editorial decía que su generación había visto engordar a los héroes. Esto producía regocijo, porque era el momento en que Franco lucía su abdomen prominente en las fotografías.

Más signos aperturísticos: el último curso, con todos los permisos reglamentarios, pude suscribirme a la revista *Destino* que, en Barcelona, representaba entonces un cierto nivel cultural y de independencia de ideas por referencia a los tópicos del régimen.

Es curioso, porque –dentro de unos límites bastante claros– la lectura de Destino abrió mi apetito de cultura y de independencia de la ideología franquista. Pero hay un punto de tu estancia en Salamanca que no quisiera olvidar: me parece que en aquella época había allá personas muy interesantes.

En efecto, coincidí con bastantes paisanos: el hasta hace poco obispo de Lleida, Ramón Malla Call; con los doctores Manuel Bonet Muixí, Ramón Roca Puig y con el franciscano Lluís Arnaldich, que ejercían de profesores. También recuerdo, como miembro de la colonia catalana, al Dr. Maluquer, catedrático de la civil.

¿Qué encontraste al volver a Cataluña?

Un amigo: Ricard Pedrals. Él era el coadjutor de la parroquia central (Sant Antoni) de Vilanova i la Geltrú, y yo era el coadjutor de la parroquia de la marina. Aquella amistad nos llevaba a intercambiar lecturas y a compartir, en agradables paseos, nuestros comentarios.

Se trataba de libros de teología, de los autores que ya he mencionado, a los que habría que añadir Emmanuel Mounier, así como libros de talante pastoral entre los que destacaban dos que se hicieron famosos: *France, pays de mission* y *Paroisse, communauté missionnaire*, este último de Georges Michonneau.

No se deben olvidar las pastorales del Cardenal Suhard, la más célebre *Essor ou déclin de l'Église*. Para que la lista sea completa, debo añadir las revistas "*La Vie Intellectuelle*", "*La Vie Spirituelle*", "*Témoignage chrétien*", "*Masses ouvrières*", "*La Quinzaine*"... También leíamos a Chesterton y novelas de Graham Greene, Bruce Marshall, Bernanos, etc.

O sea, que entraste de lleno en la pastoral.

Destaco el contacto con la Acción Católica de jóvenes, cuyos consiliarios diocesanos eran Joan Batlles y Josep M. Bardés, dos personalidades muy distintas: el primero con una gran capacidad para aglutinar grupos de consiliarios y de jóvenes, y Mn. Bardés, más atento a aspectos doctrinales e históricos. Bardés falleció hace pocos años, como consecuencia de un accidente de automóvil, porque un coche se le echó encima a causa del firme resbaladizo por una lluvia de primavera.

Y, dos años después de tu ordenación, iniciaste tus estudios en Roma.

Me envió el obispo Modrego, que acariciaba la idea de una reconquista social de los obreros, como elemento integrante de un plan cuya pieza inicial era el Barrio del Congreso que se construyó con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona de 1952. Cursé Ciencias Sociales en la Universidad Gregoriana entre 1954 y 1958. Descubrí, entre otras cosas, la sociología religiosa como estudio empírico de una realidad que no sabíamos abordar más que por vía de tanteo pastoral o por vía de interpretación doctrinal.

Con ello viene la tesis sobre anarquismo en Barcelona.

Mi punto de partida personal para este estudio era la necesidad de entender el alejamiento del mundo obrero respecto de la Iglesia y una doble convicción. Por una parte, si empezaba el estudio y la reflexión centrándome en la Iglesia y en sus intentos de acercamiento a la clase obrera, me resultaría prácticamente imposible salir de un círculo de interpretaciones firmemente preestablecidas, determinadas por la necesidad eclesiástica de autoafirmación apologética. De otro lado, preveía que encontraría dificultades para acceder a datos objetivos. Tuve contactos, en primer lugar con Josep Benet, que fue el Senador más votado en las primeras elecciones democráticas y un personaje clave en la resistencia antifranquista en Catalunya.

Entre paréntesis: en aquella época la historia tenía connotaciones muy vivas...

Se buscaban en la historia las motivaciones para la lucha política y unos antecedentes prácticos que orientaran y dinamizaran la lucha contemporánea. El recurso a la historia actuaba como una especie de "memoria subversiva".

En este contexto, Josep Benet era una personalidad de relevancia política y un historiador. Puso a mi disposición libros y apuntes en el tema de la historia del movimiento obrero en Catalunya, que para mí era entonces una materia totalmente desconocida.

En Italia, tuve también contactos con historiadores europeos: Aldo Romano, de la Universidad de Roma y Giuseppe del Bo, del Istituto Feltrinelli de Milán. En Amsterdam, me prestaron un gran servicio los especialistas en la materia del International Institute of Social History, Drs. Rütten y de Jong, y en París conocí y traté a Jean Maitron, autor de un monumental diccionario biográfico del movimiento obrero francés.

Cuando quise publicar la tesis, que por fin hay que decir que versaba sobre *Orígenes del Anarquismo en Barcelona* (1959), fui a entrevistarme con el Dr. Jaume Vicens Vives, quien leyó el manuscrito con gran interés.

Y apostilló: "Usted tiene muy buena pluma".

Vicens Vives me escribió el prólogo que me sirvió de aval para conectar con el grupo de historiadores "vicentinos": Jordi Nadal, Josep Fontana, Emili Giralt y otros.

Y hubo entonces un paréntesis en tu trabajo de investigación.

En parte. Después de la publicación de mi tesis doctoral, en 1959, con Josep Benet, decidimos colaborar en un estudio sobre el movimiento obrero en Barcelona en el período 1854-1856, en busca de los antecedentes de los orígenes del anarquismo, que empezó a enraizar en nuestra ciudad a partir de 1868. Vicens Vives nos prestó un último servicio, antes de morir en 1960, al conseguir para nosotros los microfilms de los despachos del cónsul francés en Barcelona durante aquel bienio. Una fuente de información muy rica, porque daba cuenta de las conversaciones del cónsul con las autoridades civiles y militares de la ciudad y, a veces, incluía hojas impresas procedentes de las asociaciones obreras, que la autoridad militar había decomisado en la imprenta. Y empezamos la búsqueda de documentación: lectura de prensa y material de archivos, sobre todo en Barcelona y en Madrid. En el archivo de las Cortes de esta capital pude ver anunciado en *Journal de Genève* el libro de von Balthasar, *Das Betrachtende Gebet* (La oración contemplativa), que no sólo leí y admiré, sino que traduje al catalán en 1962. La colaboración con Josep Benet se vio condicionada por la dificultad de coordinar el trabajo profesional mutuo, él como abogado implicado en la lucha política clandestina, y yo como sacerdote. Con los materiales que iba reuniendo, pude elaborar entre otras cosas la comunicación que me fue pedida para mi intervención, el año 1964, en la celebración del centenario de la Internacional, en París, *Les antécédents de l'orientation du mouvement ouvrier catalan vers l'anarchisme*. Finalmente salieron a la luz pública en 1976 los dos volúmenes titulados *Barcelona a mitjan segle XIX. El moviment obrer durant el bienni progressista, 1854-1856*, que fueron bien recibidos por los círculos universitarios interesados. El catedrático Jordi Maluquer de Motes describió su metodología como positivismo acumulativo, porque incluía textos enteros procedentes de las organizaciones obreras de aquel momento o referentes a ellas, en un afán de mostrar que existía documentación sobre puntos sobre los que anteriormente se había especulado con fantasmagorías. Y dijo también que la obra sería duradera.

También orientaste tu investigación histórica hacia la Iglesia.

Los retrasos que sufría el trabajo conjunto con Josep Benet me permitieron dedicar la atención a la vida de la Iglesia de Barce-

lona en la misma época de mediados del siglo XIX. Recogí abundante documentación, que me permitió publicar en 1984 *L'Església de Barcelona, 1850-1857*, también en dos volúmenes. En el primero de ellos, estudié la implantación de la Iglesia barcelonesa en el contexto político, social y económico del momento. Y, en el segundo, los dinamisismos internos de la diócesis, que contaba entonces con poco más de medio millón de habitantes y con 1.095 sacerdotes. En la parroquia de Santa María del Mar figuraban 91 beneficiados: un caldo de cultivo de dimes y diretes y de pequeños conflictos, que a veces llegaban al tribunal eclesiástico o civil.

Posteriormente, mi colega Joan Bonet y Baltà, un sacerdote que en vida había recogido mucha documentación eclesiástica, principalmente de los siglos XVIII al XX, me proporcionó la oportunidad de utilizarla para escribir *L'integrisme a Catalunya. Les grans polèmiques, 1880-1888* (1990), un estudio de los conflictos entre católicos intransigentes y tolerantes, en el que adquiere un particular relieve la célebre obrita de Sardà i Salvany, *El liberalismo es pecado* (1884). No fue, pues, la Iglesia en su realidad social y religiosa lo que ocupó esta vez el centro de mi atención, sino las superestructuras eclesiásticas: las ideologías, por una parte, y por otra, los grupos más o menos organizados dentro de la Iglesia para disponer de influencia y de poder de decisión.

¿Continúas investigando?

Estoy recogiendo documentación sobre el período intermedio de 1856 a 1868, con vistas a un estudio global sobre Barcelona. Si el tiempo me cunde, trataré de seguir metodológicamente el plan que me propuse en la obra *Vilanova i la Geltrú. Expansió i crisis de la indústria i de la democràcia, 1850-1936*, publicada en 1997.

Allí, sobre mi ciudad natal, traté de reflejar cinco procesos, por este orden: la expansión urbana, el movimiento de la población, las actividades económicas (que incluían los conflictos sociales y el movimiento obrero), la cultura (que incluía la vida de la Iglesia) y la vida política, en un intento de captar la vida ciudadana partiendo "del sótano" para llegar hasta "la buhardilla" (Peter Burke. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989*. Barcelona 1996, p. 70). Veremos si el tiempo que me queda de vida da para ello.

Me gustaría cambiar el tercio y enfocar tu participación, a la vuelta de Roma, en la pastoral de Barcelona.

Lo primero que hizo el Dr. Modrego fue darme, con gran solemnidad, el nombramiento de capellán del Colegio de la Asunción en Pedralbes (Barcelona). Simultáneamente, me designó Vice-Consiliario diocesano de la HOAC. En el ejercicio de este cargo me sucedió algo divertido (visto desde ahora): un grupo muy plural de políticos de la resistencia, entre los cuales figuraba Jordi Pujol, me invitó a participar en un encuentro en que uno de los temas a debatir era el marxismo. Para aceptar esta invitación, consulté con el Dr. Modrego, quien no tuvo inconveniente en que participara en aquella reunión, clandestina, por supuesto. Por motivos de honradez o transparencia, di noticia de ello al consiliario diocesano. Sorprendentemente, en el curso de aquel encuentro, fuimos avisados de que se acercaba la policía. Esto nos obligó a dispersarnos por los bosques colindantes de Sant Cugat del Vallés, lugar de la reunión. En ningún momento se me ocurrió sospechar del obispo, pero no pude evitar pensar que el delator había sido el consiliario.

Entramos de lleno en el tema de cómo viste la Acción Católica de la época y participaste en ella.

Además de la viceconsiliaría de la HOAC, se me asignó el cargo de consiliario de la Acción Católica Patronal, cuyo primer responsable fue Joaquim Pibernat, diputado al Parlamento de Cataluña al llegar la democracia, con quien mantuve una gran amistad hasta su muerte. También, junto contigo, colaboramos en la Juventud Universitaria Masculina de Acción Católica (JUMAC).

No sé si es por un recuerdo lleno de sentimentalismo, pero me gustaría que evocaras la Acción Católica de Mn. Batlles i Mn. Bardés.

Entre los años 1952 y 1954, antes de ir a Roma, teníamos con ellos reuniones muy nutridas de clero joven, en las cuales se nos daba un buen baño de doctrina pontificia (*Divini illius Magistri*, sobre la educación cristiana de la juventud, de Pío XI). Era tan precaria la situación de la Acción Católica en la iglesia diocesana que había necesidad de referirse a los textos pontificios para andar seguros y hacernos respetar. A la vuelta de Roma, se había implantado ya la línea de la JOC, con el "ver,

juzgar y actuar", propio de la revisión de vida en toda las ramas juveniles de la A.C.

De ahí se derivaban las reuniones de consiliarios en las que se creaba una mentalidad pastoral común.

La aplicación del método de la JOC había de dar resultados muy positivos no sólo porque los militantes descubrían el Evangelio, ni que fuera con una mirada un tanto sesgada tendiente al moralismo, sino también por la incidencia que los jóvenes así formados habían de tener en la vida sindical y política de la transición, tal como lo ha estudiado Joan Costa i Riera en su tesis doctoral *Dels Moviments d'Església a la militància política* (Barcelona, 1997).

Tal vez convendría añadir que el criterio, propugnado por la JOC, de tomar en consideración la realidad en toda su concreción, variedad y riqueza, para el servicio pastoral, condicionó profundamente el enfoque que tú y yo quisimos dar a la parroquia que fundamos en 1976, Santa María del Gornal, en l'Hospitalet de Llobregat.

Nos condicionó, no precisamente en el sentido de que pretendiéramos introducir al pie de la letra los métodos jocistas en la actividad parroquial, como si la parroquia se limitara a ser la pequeña célula de un movimiento. Teníamos de entrada la convicción de que, en una parroquia, no se trataba de formar un pequeño núcleo homogéneo de personas en proceso de maduración cristiana y ciudadana, con vistas a la militancia sindical, política o en otros sectores de la actividad pública. Sin menospreciar aquellos procesos de maduración, nos propusimos básicamente que en los servicios religiosos propios de una parroquia, especialmente en la Eucaristía dominical y en las celebraciones sacramentales, pudieran resonar las preocupaciones, las alegrías, los problemas y los sentimientos más nobles del vecindario, formado por una masa de personas, heterogénea por razones de edad, de situación económica, de tradición cultural. En las condiciones de un barrio como el nuestro, de nivel académico bajo, nos persuadimos de que el proceso de maduración ciudadana y religiosa se desencadena y se desarrolla, no a través de análisis rigurosos del contorno, de interpretaciones científicamente ajustadas o de compromisos de acción de grandes vuelos, sino en el intercambio de experiencias, hecho en común para asegurar el necesario contraste, y en una lectura de la Escritura que no pierde nunca de vista el centro de la fe, Jesús que se entrega en su muerte y en su resurrección.

Los detalles concretos de esta experiencia han quedado recogidos en el libro *Santa María del Gornal, 25 anys*, publicado el año pasado, del que hicimos una edición privada en castellano.

Si no me equivoco, tu tarea pastoral como párroco viene después de la gran crisis de la Acción Católica en 1966...

Me di cuenta –se lo conté a Albert Manent en la entrevista ya citada– de que, en mi entorno barcelonés, la lucha por una Iglesia de signo conciliar en un país democrático se encontraba en un callejón sin salida. Proseguirla era exponerse a un desgaste personal tal vez irreversible. Por eso, a partir de 1969, procedí a redistribuir mi tiempo, de forma que, salvando los mínimos de supervivencia cristiana y clerical, incluyera un amplio margen para la investigación histórica.

Esta distribución del tiempo significó –lo recordarás perfectamente– nuestra incorporación a la parroquia de Santa Eulalia de Provençana de l’Hospitalet de Llobregat, regida por Jaime Medina Campeny.

El territorio del actual Polígono Gornal, en el que se habían de edificar viviendas para unos 20.000 habitantes, estaba adscrito a la parroquia de Santa Eulalia. Había que fundar una nueva parroquia que asumiera los nuevos bloques y esta fue la de Santa María del Gornal, que ahora tiene unos 11.000 habitantes. En el nuevo barrio adquirimos unos bajos y un piso para las actividades parroquiales, mientras que utilizamos como lugar de culto el barracón que había servido como escuela para niños de raza gitana (Lachó Bají, que significa Buena Suerte) y que llevaban las religiosas Misioneras del Corazón de María.

Podrías abundar un poco en el sentido que tenía la oferta religiosa que quisimos hacer en el Polígono Gornal.

Desde el punto de vista religioso, la línea que nos propusimos mantener en el barrio era la de reunir en él una comunidad de cristianos que tratara de seguir a Jesús en su vida ordinaria y que, en la Eucaristía de los domingos, expresara públicamente, dos cosas: en primer lugar, su fe en Dios que se interesa por la experiencia diaria de las personas, de quienes Jesús se hace compañero de camino; en segundo lugar, su voluntad de dejar la puerta abierta para que cualquier persona del barrio pudiera percibir en dichas celebraciones cuál es la fe de los cristianos.

Los sábados preparábamos la Eucaristía del domingo, en una reunión abierta, donde comentábamos con la discreción debida los hechos de la vida diaria, los relacionábamos con las lecturas dominicales y hacíamos plegaria de petición, de acción de gracias y de arrepentimiento. Esta preparación, con una asistencia variable y un promedio de quince a veinte personas, era necesaria desde el momento en que se hacía prácticamente imposible que todos los vecinos que asistían a misa expresaran espontáneamente cómo vivían la fe en los hechos de la vida diaria. Por otra parte, la reunión de los sábados, motor de la celebración dominical, era la base de la homilía. Las otras celebraciones sacramentales, todas las actividades catequéticas, y los servicios parroquiales, particularmente la atención a los enfermos, a los ancianos, a las familias necesitadas y, en particular, a los grupos marginados, querían ser la expresión de la fe de la comunidad, en el sentido indicado. Por eso, solíamos decir que la Eucaristía dominical era el "eje vertebral" de la pastoral de la parroquia.

Aunque sea un tema difícil, delicado, creería positivo que te expresaras ampliamente por lo que se refiere a tu iniciativa de crear la publicación quincenal "El Pregó".

El Pregó es una revistilla de 8 páginas, que se propone informar y opinar sobre hechos relacionados más o menos de cerca con la vida de la Iglesia y con la vida de la fe cristiana. El primer número salió a la luz pública el 15 de marzo de 1994. Diré dos palabras sobre el origen de la iniciativa. En el año 1993 se celebró el 25 aniversario de la creación de la Facultad de Teología de Catalunya. Con fecha de 12 de marzo de aquel año, dieciocho profesores de la citada Facultad de Teología dieron publicidad a un escrito en que, después de indicar algunas cuestiones sobre las cuales creían conveniente que la Facultad ejerciera su reflexión (criterios de discernimiento y elección de los candidatos al ministerio ordenado, formas de hacer visible la colegialidad episcopal...), se referían con más detalle a cinco de ellas: el papel de la mujer en la Iglesia, la celebración del sacramento de la penitencia, el nuevo catecismo, la xenofobia, la marginación y el nacionalismo. En un comunicado oficial (30.4.1993), los obispos de las diócesis catalanas afirmaron que los dieciocho profesores habían hecho proclamación "de actitudes contrarias a la disciplina de la Iglesia y a su Magisterio ordinario". Pocas semanas después, unas declaraciones del obispo de Vic

a *La Vanguardia* (12.6.1993: "El documento, una vez leído, no es tan duro y es más aceptable que las síntesis periodísticas") vinieron a confirmar las versiones que habían circulado sobre la falta de convicción de algunos prelados en nombre de los cuales se había hecho público aquel comunicado episcopal.

Personalmente, me sentí indignado por la desmesura de la invectiva episcopal. La celebración del Congreso Internacional de Teología, entre el 3 y el 6 de mayo, con motivo del 25 aniversario de la Facultad, me brindó una oportunidad de solidarizarme con los profesores descalificados y de hacer pública mi protesta por el comunicado de los obispos. El día 4 me había sido asignada una intervención sobre los planteamientos que, en la época contemporánea, habían condicionado la Iglesia catalana en la realización de su misión. En el momento en que se me dio la palabra, dije que, ante la confusión pública que se había creado en aquellos días, había experimentado sentimientos de consternación, de vergüenza, de vejación y de pena, y concreté que, con aquella manifestación, sin excluir otras referencias, hacía alusión al comunicado de los obispos de Catalunya. A continuación, después de presentar mis excusas a los invitados que iban a intervenir y a la presidencia del acto, pedí a los presentes que quisieran comprender mi decisión de retirarme en silencio de aquella fiesta. Y así lo hice.

Nunca puse en duda que aquel acto, por su carácter espectacular y estridente, no respondía a las reglas de la convivencia ordinaria dentro de la Iglesia. Por esto fui pensando en la conveniencia de crear un órgano público de información y opinión que canalizara la expresión libre en el ámbito de la Iglesia en Catalunya. *El Pregó* tiene el respaldo jurídico de una asociación cultural creada "ad hoc", cuenta con un consejo de redacción como estructura mínima y funcional y ha cumplido ya ocho años.

Pero aún no hemos dicho nada de otra actividad tuya como director de "Frontera/Pastoral Misionera".

Más que como director, actúo como coordinador de las reuniones del Consejo de Redacción. Asumí esta tarea en el año 1991, después de la muerte de nuestro admirado Fernando Urbina, a quien echamos mucho de menos. La tarea que reclama más dedicación, tenacidad y eficiencia la asumen Ximo Adell y Josep Antoni Comes en Valencia.

Hay un largo período en tu vida en el cual coexisten la investigación histórica, tu tarea (entregada por cierto) como párroco del Polígono Gornal y un esfuerzo ímprobo como director del Archivo Nacional de Cataluña. No en vano, en la presentación de uno de tus libros, en "El Hogar del Libro" de la calle Vergara, Albert Manent dijo de ti que eras un buen historiador, un buen párroco y un buen archivero. Me gustaría que hablaras de tu trabajo en el Archivo Nacional de Cataluña, creado en 1980.

Mis actividades investigadoras me habían llevado a visitar un buen número de archivos y, en la década de los 70, cuando ya habían empezado a correr en la Iglesia aires de involución, decidí pedir a la dirección de *El Correo Catalán*, periódico en el que colaboraba junto con Josep Bigordà como redactor de la página religiosa, que se me concediera la plaza de archivero. Por otra parte, en 1980 Max Cahner, con quien me había relacionado por ser el editor de *Barcelona a mitjan segle XIX. El moviment obrer durant el bienni progressista, 1854-1856*, formaba parte del gobierno de la Generalitat restaurada, en el cargo de Consejero de Cultura. Él fue quien me propuso que fundara y organizara el Arxiu Nacional de Catalunya, que se creó en diciembre de aquel año con la finalidad de ser a la vez archivo administrativo que conservara la documentación producida por los diferentes departamentos y organismos de la Generalitat, y archivo histórico con la misión de recoger documentación procedente de entidades y personalidades de interés para el conocimiento de la historia de Catalunya.

Al Arxiu Nacional de Catalunya dediqué once años de labor intensa. En aquel período, se ingresaron 263 fondos archivísticos de empresas, como La España Industrial, La Maquinista Terrestre y Marítima, Tabacos de Filipinas, Manufacturas Sedó, etc., de casas nobiliarias como los marqueses de Castellidosrius o el linaje Moixó, de personalidades como Francesc Macià, Enric Prat de la Riba o Manuel Durán y Bas, y de entidades como el escultismo catalán, la Asamblea de Catalunya, el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), Bandera Roja, etc.

Al cesar en el cargo de director del Arxiu Nacional de Catalunya, cuando en 1991 cumplí 65 años y alcancé la edad de jubilación, la documentación reunida, clasificada, ordenada e inventariada llenaba unos nueve kilómetros de estanterías.

La entrevista está para entrar en su recta final. ¿Por qué no te refieres con una cierta amplitud a un tema al que has aludido muchas veces: el de la secularización de las sociedades avanzadas?

Ante todo, me permito delimitar el significado que aquí doy al término "secularización". Me refiero al proceso en que la vida civil, las costumbres populares, el comportamiento ético de los ciudadanos, el pensamiento en general, el Estado en su actividad legislativa e incluso las mismas creencias religiosas se han ido emancipando de la tutela de la Iglesia. Frente a este proceso todavía en curso, la Iglesia, en nuestro entorno y a lo largo de los siglos XIX y XX, ha adoptado alternativamente las actitudes de beligerancia doctrinal y práctica, de beligerancia doctrinal pero de tolerancia práctica, y de aceptación como condición previa para ejercer su misión en el mundo tal como es.

En un primer momento, la actitud de beligerancia doctrinal y práctica quedó reflejada en el Concordato de 1851. En él, la Iglesia manifestó su voluntad de ejercer su misión en un estado confesional, bajo el amparo de unas leyes civiles ajustadas a las directrices eclesiásticas, particularmente en el terreno de la cultura. Esta influencia estructural sobre el pueblo se completaba con un esfuerzo para encuadrar desde el punto de vista disciplinar a los fieles y al conjunto de la ciudadanía, con normas sobre las costumbres y también, episódicamente, con eventuales descalificaciones de las doctrinas contrarias a la enseñanza de la Iglesia.

Un segundo momento...

En la época de la Restauración de la monarquía borbónica, a partir de 1875, después de las convulsiones producidas por la revolución de septiembre de 1868, el reinado de Amadeo I, la guerra carlista y la primera República, el interés de la Iglesia fue reproducir la situación anterior. Lo consiguió, pero con resultados restringidos. El maximalismo en la exigencia de un Estado católico hasta las últimas consecuencias cedió el paso a la práctica de la tolerancia. La Iglesia, si bien no renunció al ideal de un estado confesional, admitió como mal menor la convivencia entre un Estado inspirado en los principios liberales, y ella misma, que los condenaba.

Este tránsito de la intransigencia a la tolerancia se realizó en medio de grandes polémicas que se desencadenaron en el interior de la Iglesia española entre "integristas" y "mestizos", con

una violencia verbal inusitada en el período 1881-1888. A este asunto dediqué mi obra, ya citada, *L'integrisme a Catalunya*. Conviene recordar que, con el nombre de "mestizos", los integristas se referían desdeñosamente a aquellos católicos a quienes acusaban de conciliar lo inconciliable: liberalismo y fe cristiana, en un intento cuyo resultado no era más que un ambiguo mestizaje.

En estas circunstancias, la Iglesia, además de continuar en la línea de velar con gran tesón por la disciplina interna, comenzó un despliegue importante de fuerzas en el campo de la enseñanza confesional, considerado como un recurso de gran eficacia a largo plazo para afianzar la influencia eclesiástica. En conjunto, no evitó que importantes sectores de la población, en especial del mundo obrero y del mundo intelectual, aunque continuaban sometiéndose a algunos ritos sacramentales de la Iglesia, se marginaran de su influencia en la vida real. Este planteamiento global perduró hasta 1936, bien entendido que el laicismo de la segunda República favoreció en la Iglesia las tendencias maximalistas hasta convertir la tendencia tolerante en sospechosa de capitulación. Esta sospecha no dejó de recaer asimismo en los católicos que militaban en movimientos catalanistas.

Estamos ya en el treinta y seis.

En un tercer momento, que se inició con la guerra civil y el triunfo de las fuerzas franquistas, se creó la ilusión de que el desenlace bélico hacía posible cantar victoria sobre el proceso secularizador. La voluntad eclesiástica de configurar un Estado nacionalcatólico es preciso recordarla en especial para que las propuestas que se hacen hoy día de evangelizar la cultura no olviden la tarea de analizar rigurosamente los resultados obtenidos durante los años de máxima influencia de la Iglesia en este terreno.

De este período, ya lo he insinuado en el curso del diálogo, no se puede dejar de citar la experiencia de los movimientos de Acción Católica especializada –y de otros afines– como un primer intento de llevar a cabo la misión de la Iglesia, desde la institución eclesiástica, pero con cierta oposición episcopal, ya que se trataba de prescindir del soporte de las leyes civiles y de la cultura oficial, y se partía de la base real que era el distanciamiento crítico de sectores importantes de la población respecto de la Iglesia, y dejándose guiar por el criterio de compar-

tir la situación social, política y económica propia de estos sectores sociales y de las personas a las cuales se quería hacer llegar el anuncio del Evangelio. Un esfuerzo de revisión crítica de aquella experiencia es también indispensable a todos los responsables de hacer efectiva la misión de la Iglesia en el presente y en el futuro.

El Concilio Vaticano II representa otra fase.

En el acontecimiento conciliar, la Iglesia se manifestó decidida a concebirse ella misma no como una "sociedad perfecta", con la pretensión de equipararse al Estado como estructura de poder y de ser reconocida por él en este nivel, sino como signo de la presencia del Reino de Dios en la sociedad, cualquiera que fuera su organización civil. La Iglesia, además, afirmó que, del Estado, no esperaba otra cosa sino la libertad. Por eso, asumió la libertad civil en materia religiosa y se manifestó plenamente respetuosa no sólo hacia todas las culturas y dinamis-mos de la vida civil, sino también hacia las demás confesiones cristianas y hacia las demás creencias religiosas.

Al final de la etapa conciliar, se pudo comprobar que las afirmaciones del Concilio Vaticano II, en la mayoría de los casos, habían sido declaraciones de intenciones. La eficacia práctica dependería, en definitiva, de las instituciones eclesísticas que asumieran las orientaciones conciliares. La actitud predominante en la Iglesia ante la sociedad inmersa en el pluralismo cultural y encuadrada en estructuras estatales secularizadas parece quedar reflejada en dos tendencias: la llamada a la evangelización de las culturas, y el refuerzo de la disciplina en los campos del pensamiento religioso, de los criterios morales y de la expresión litúrgica de la vida religiosa de las comunidades.

¿Cuándo empieza la llamada a la evangelización de las culturas?

Está ya presente en el documento de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, que se complementa con la insistencia del pontífice actual al recordar las raíces cristianas de Europa.

No es fácil sustraerse a la impresión de que, en estas formulaciones, se perciben aires de nostalgia. No se expresa probablemente el ansia de reconstruir los Estados católicos, pero sí que tal vez late el deseo de reconquistar en la sociedad pluralista la hegemonía cultural perdida.

En cambio, sería injusto no reconocer en aquellas formulaciones una aspiración del todo legítima: la fe de los individuos y de las comunidades tiene necesidad de revestirse de expresiones culturales socialmente homologables, si no quiere quedar reducida a ser una experiencia subjetiva del interior de las conciencias. Una valoración análoga puede reconocerse a las advertencias jerárquicas sobre la privatización de la fe y al riesgo de ignorar su proyección pública. También aquí podemos reconocer la legitimidad de la aspiración, sin negar que en ella se puede adivinar también un cierto deje de nostalgia por el apoyo que la Iglesia recibía de los poderes civiles y por la consideración de que era objeto cuando era considerada como una sociedad de derecho público.

Tu párrafo sobre la sociedad secular y plural no ha sido una expansión superficial sino que expresa algo que llevas muy dentro y muy pensado. Da lugar, sin duda, al momento en que la palabra Fin aparece en la pantalla. ¡Muchas gracias, Casimir!